

Los degolladores, al ver aquella sangre, creen que se les devuelve la víctima, y se precipitan sobre ella. Un malvado llamado Grizon la tendió á sus piés dándole un golpe con una tranca; los sables y las picas la hieren; Charlot la agarra por los cabellos y le corta la cabeza; otros despojan el cadáver de sus vestidos, le profanan y mutilan. Durante estos sacrilegios, Charlot, Grizon, Mamin y Rodi (la historia es el eterno registro de todos los nombres infames) llevan la cabeza de la princesa de Lamballe á una taberna inmediata, pónenla sobre el mostrador entre los vasos y las botellas, y obligan á los asistentes á brindar con ellos á la muerte. Estos bebedores de sangre marchan engrosándose continuamente hasta las puertas del Temple, para consternar á María Antonieta con la vista de la cabeza livida de su amiga. Los comisionados del ayuntamiento que vigilaban el Temple con una diputacion de la Asamblea, advertidos de la proximidad de este tropel, le recibieron con atencion y súplicas; pero el tropel se limitó á pedir que se le dejase pasear la cabeza de la cómplice de la reina debajo de las ventanas de la familia real. Los comisionados consintieron, y miéntras que la multitud desfilaba por el jardín al pié de la torre habitada por los presos, el comandante del puesto invitó al rey á que se presentase al pueblo. El rey obedeció. Un comisionado más humano se interpuso entre el rey y la ventana adonde elevaban el horroroso trofeo. El rey, sin embargo, vió la cabeza y la conoció. La reina, á quien el tropel llamaba á grandes gritos, ignoraba el espectáculo que se le preparaba, y se acercó á la ventana. El rey la detuvo con sus brazos, llevándola al interior de sus aposentos. No le ocultaron sino la vista del suplicio de su amiga; aquella misma noche supo todos sus detalles, y conoció el aborrecimiento que le tenia el pueblo en el encarnizamiento que mostraba contra todo lo que ella queria.

El tropel emprendió su marcha por las calles de Paris, deteniéndose bajo las ventanas del Palacio Real, para enseñar al duque de Orleans la cabeza de su cuñada, no como una amenaza, sino como un tributo. El duque de Orleans estaba á la mesa con madama de Buffon, su nueva favorita, y algunos compañeros de sus placeres, y no se atrevió á rehusar el homenaje de un crimen ofrecido en nombre del pueblo por los asesinos. El duque se levantó, se presentó en el balcón, y contempló por un momento en silencio la cabeza sangrienta que levantaban hasta él. Madama de Buffon la vió tambien. «¡Dios mio!—exclamó juntando las manos y cayéndose hácia atras.—¡De este modo llevarán dentro de poco mi cabeza por las calles!» El duque cerró entónces la ventana, esforzándose por tranquilizar á su amiga. «¡Pobre mujer!—dijo él hablando de la princesa.—Si me hubiera creído, su cabeza no estaria donde está.»

Sus enemigos le acusaron de haber designado esta cabeza al hierro de los asesinos, y exigido que se la presentasen para saciar su venganza y satisfacer su codicia. El veía una enemiga en la amiga de la reina, y heredaba por la muerte de madama de Lamballe la cantidad que sobre los bienes del duque de Penthievre estaba señalada á la viuda de su cuñado. Estas imputaciones desaparecen completamente ante la fria razon de la verdad. La vida de esta mujer era indiferente á su ambicion; su muerte no añadía nada á su fortuna. En la época del asesinato, el duque y la duquesa de Orleans tenían separacion de bienes judicialmente. La viudedad de madama de Lamballe no gravaba á los bienes futuros de la duquesa de Orleans sino en una renta de treinta mil francos al año. Esta cantidad era asaz

insignificante para obligar al duque á pagar un asesinato, y no producía ventaja al asesino. Se atribuyeron al duque de Orleans los crímenes cuya causa no sabía hallarse, consecuencia triste del mal concepto en que todo el mundo tenía á aquel príncipe. Conocióse muchas veces su mano en los extravíos populares, y se creyó verla tambien en aquel asesinato; pero se creyó sin razon.

En cuanto se hizo de noche, un desconocido que seguía con piadosas intenciones aquel tropel, compró de los asesinos á precio de oro la cabeza, adornada aún con su larga y hermosa cabellera. Lavóla para que desapareciesen la sangre y el lodo que manchaban sus facciones, y colocándola en una caja de plomo, se la entregó á los criados del duque de Penthievre, para que esta parte de su hermoso cuerpo recibiese al ménos sepultura en el panteon de su familia. El duque de Penthievre esperaba angustiado la confirmacion de las noticias que el rumor público traía hasta su palacio de Bizy. Al recibir estos tristes despojos, su hija, que era esposa del duque de Orleans, y sus servidores trataron, aunque en vano, de disimular su sentimiento para ocultar al anciano duque el conocimiento de este atentado; pero el príncipe leyó su desgracia en los ojos de su familia. Levantando entónces las manos al cielo, exclamó: «¡Gran Dios! ¿De qué han servido la juventud, la hermosura y todas las gracias de la mujer, si no han encontrado gracia en el pueblo? ¿Qué es el pueblo?» El duque no volvió á levantarse de su lecho de lágrimas. Las honras fúnebres se celebraron en su habitacion, toda colgada de negro. «Se me figura estar oyéndole siempre,—decía á su hija en las últimas conversaciones que tuvo con ella;—creo verla aún sentada al lado de la ventana en ese gabinete. ¿Te acuerdas, hija mia, con qué constancia trabajaba noche y dia en labores de su sexo para los pobres? He pasado muchos años con ella, y no he conocido un pensamiento en su alma que no fuese dirigido á la reina, á mí ó á los desgraciados. ¡Y este es el ángel que han hecho pedazos! ¡Ah! ¡Conozco que esta idea abre mi sepulcro!» En efecto, murió sin tener un momento de consuelo.

## VIII

El Chatelet y la Conserjería, en donde encerraban á los acusados de delitos ó crímenes civiles, y en cuyos edificios, por no ser suficientes las cárceles, habían puesto á los suizos y á los realistas, fueron visitados al otro dia por los exterminadores de la Abadía y de la Fuerza. El ayuntamiento había cuidado de extraer de allí doscientos presos por deudas ó por otros delitos insignificantes, no dejando expuestas más que á las víctimas culpables á sus ojos y sacrificadas con anticipación á los azares de esta jornada. El degüello comenzó allí en la mañana del 3 de Setiembre. El tribunal establecido para juzgar los crímenes del 10 de Agosto tenía sus sesiones en el palacio, á pocos pasos del lugar de la ejecucion. Los degolladores estaban impacientes, y no esperaron sus fallos, demasiado lentos. La muerte se adelantó á los juicios, y la pica juzgó en masa. Ochenta cadáveres cubrieron en pocos minutos el patio del palacio. Durante este tiempo, el tribunal juzgaba aún. El mayor Bachmann, segundo jefe de los suizos en el 10 de Agosto, fué llamado por los jueces. Los asesinos le encontraron en la escalera que conducía desde la cárcel al pretorio, y le respetaron en su calidad de víctima de la ley. En cinco minutos fué condenado á muerte, y subió á la carreta que debía conducirle al



suplicio. Puesto en ella en pié, con la cabeza erguida y la vista serena, y marcialmente cubierto con la capa roja de su uniforme, como un soldado que descansa en el vivac, conservó al frente de la muerte toda la dignidad del mando. Desde aquel sitio dirigía miradas de desden á la multitud sanguinaria que se agitaba junto á la carreta pidiendo su cabeza. La carreta atravesó lentamente el patio en que el pueblo inmolaba á sus compatriotas y á sus amigos. Bachmann no se enterneció sino por ellos. Los soldados que aún esperaban su turno para morir se inclinaron respetuosamente al paso de su jefe, reconociendo su mando hasta en la muerte. El verdugo que le conducía fué su salvaguardia para impedir que le asesinasen, y no le dejaron sino á condicion de ir al cadalso. Este fué su campo de batalla en aquel dia; subió á él y murió como un soldado.

Doscientos veinte cadáveres en el Gran Chatelet, y doscientos ochenta y nueve en la Conserjería, fueron despedazados por los *trabajadores*. Los asesinos, harto escasos para tanta tarea, libertaron á los que estaban presos por robo, á condicion de que se habian de unir á ellos. Estos hombres rescataron sus vidas con un crimen, inmolando á sus compañeros de prision; más de la mitad de los presos murieron asesinados por la otra mitad. Un armero joven de la calle de Sainte-Avoie, preso por una ligera causa y señalado por su estatura y su fuerza, recibió de este modo la libertad, con la condicion de poner su brazo á disposicion de los degolladores. El amor instintivo de la vida le obligó á aceptarla á este precio. Aún dudaba, y dió algunos golpes poco seguros; pero volviendo en sí de pronto á la vista de la sangre, y rechazando el instrumento de muerte que habian puesto en sus manos, exclamó: «¡No, no! ¡Antes víctima que verdugo! Prefiero recibir la muerte de mano de unos malvados como vosotros, á dársela á inocentes desarmados. ¡Heridme!» Al decir esto cae, borrando voluntariamente con su sangre la que acababa de deramar.

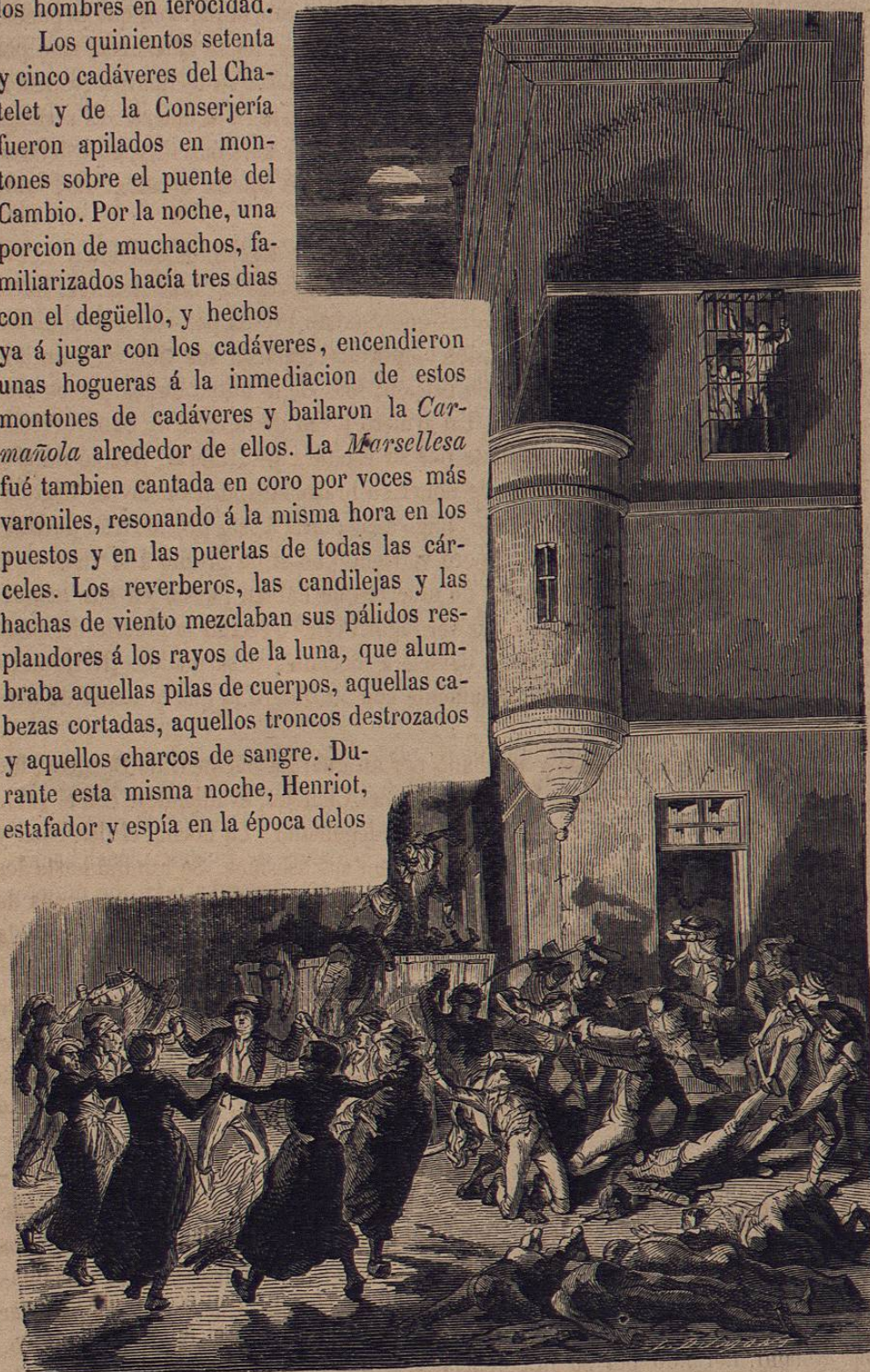
D'Eprenesnil, reconocido y auxiliado por un guardia nacional de Burdeos, fué el único preso que se libró de los asesinatos del Chatelet, evadiéndose con el sable teñido en sangre y vestido con la ropa de un degollador. La noche, el desorden y la embriaguez hicieron confundir la víctima con sus asesinos. Se hundió hasta los tobillos en el fango rojo de esta carnicería, y en la fuente de Maubué pasó más de una hora lavando sus zapatos y sus vestidos para no espantar á los dueños de la casa adonde fué á pedir asilo.

En esta cárcel se anticipó el suplicio de muchos acusados ó condenados á muerte por crímenes civiles. De este número fué el abate Bardi, acusado de haber asesinado á su propio hermano. Hombre de una estatura extraordinaria y de una energía salvaje, luchó más de media hora contra sus verdugos, ahogando á dos bajo sus rodillas.

Una joven de admirable belleza, conocida con el nombre de la *Bella Ramilletera*, acusada de haber herido en un acceso de celos á su amante, debía ser juzgada dentro de pocos dias. Los asesinos, entre los que se encontraban algunos vengadores de su víctima y otros instigadores animados por su rival, se adelantaron al verdugo. Theroigne de Mericourt desplegó toda la crueldad de su carácter para hacer más horroroso este suplicio. Ataron á la ramilletera desnuda á un palo, con las piernas abiertas y los piés clavados en el suelo, y con haces de paja encendidos quemaron el cuerpo de la víctima. Le cortaron los pechos á sablazos, y

poniendo candentes los hierros de las picas, los hincaron en sus carnes. Empalada, en fin, con estos hierros ardiendo, sus gritos se oían al otro lado del Sena, llenando de horror á los habitantes de la orilla opuesta. Unas cincuenta mujeres libertadas de la Conserjería por los matadores ejecutaron este suplicio, superando á los hombres en ferocidad.

Los quinientos setenta y cinco cadáveres del Chatelet y de la Conserjería fueron apilados en montones sobre el puente del Cambio. Por la noche, una porcion de muchachos, familiarizados hacia tres dias con el degüello, y hechos ya á jugar con los cadáveres, encendieron unas hogueras á la inmediacion de estos montones de cadáveres y bailaron la *Carmañola* alrededor de ellos. La *Marsellesa* fué tambien cantada en coro por voces más varoniles, resonando á la misma hora en los puestos y en las puertas de todas las cárceles. Los reverberos, las candilejas y las hachas de viento mezclaban sus pálidos resplandores á los rayos de la luna, que alumbraba aquellas pilas de cuerpos, aquellas cabezas cortadas, aquellos troncos destrozados y aquellos charcos de sangre. Durante esta misma noche, Henriot, estafador y espía en la época delos



Matanza de suizos en la Abadía.—Pág. 37.



reyes, y asesino y verdugo en la del pueblo, puesto á la cabeza de una banda de veinte ó treinta hombres, dirigió y ejecutó el degüello de noventa y dos sacerdotes en el seminario de San Fermin. Los satélites de Henriot, persiguiendo á los sacerdotes en los corredores y en las celdas, los arrojaban vivos por las ventanas sobre un rastrillo de picas y bayonetas, que los atravesaban en su caída. Algunas mujeres á quienes los degolladores dejaban este placer, los acababan á palos, arras-trándolos por los arroyos. Lo mismo sucedió en el claustro de los Bernardinos.

Pero ya las víctimas faltaban en Paris á la sed de sangre que habian encendido aquellas noventa y dos horas de carnicería; las cárceles estaban vacías, y Henriot y los ejecutores de estas maldades, en número de más de doscientos, reforzados por los malhechores que habian reclutado en las cárceles, se trasladaron á Bicetre con siete cañones que el ayuntamiento les dejó impunemente llevar.

Es Bicetre una vasta cloaca donde se reúne todo el vicio del reino para purificar la poblacion de locos, mendigos y criminales incorregibles, que contenia entonces unos tres mil quinientos presos. Su sangre no tenia color político, pero pura ó impura, al fin era sangre. Los degolladores forzaron las puertas de Bicetre, derribaron los calabozos á cañonazos, arrancaron los presos é hicieron una carnicería que duró cinco dias con sus noches. El agua, el hierro y el fuego sirvieron para exterminar á sus moradores.

Los unos fueron inundados ó ahogados en los subterráneos en donde habian buscado un asilo, los otros despedazados á sablazos, y el resto ametrallado en los patios. Culpables ó inocentes, enfermos ó sanos, vagabundos ó indigentes, todos, hasta los insensatos á quienes esta casa servia de hospicio, fueron inmolados sin distincion. El mayordomo, los capellanes, los conserjes, y hasta los escribientes de la administracion, fueron comprendidos en la matanza general. En vano el ayuntamiento envió allí varios comisionados, en vano el mismo Petion fué á arengar á los asesinos; éstos apenas suspendieron su obra para escuchar las amonestaciones del corregidor. A palabras sin fuerza el pueblo no presta sino un respeto sin obediencia. Los degolladores no se detuvieron sino delante del vacío. Al otro dia, la misma banda de cerca de doscientos hombres, armados de fusiles, picas, hachas y garrotes, invadió el hospital de la Salitrería, que no encerraba más que mujeres perdidas; sitio de correccion para las viejas, de curacion para las jóvenes, y de asilo para las que tocaban aún á la infancia. Despues de haber asesinado á treinta y cinco mujeres de las de mayor edad, forzaron los dormitorios de las otras, obligándoles á saciar su brutalidad, degollando á las que se resistian, y se llevaron en triunfo con ellos niñas de diez á doce años, presa inmundada de la relajacion adquirida con la sangre.

## IX

Mientras que estas procripciones consternaban á Paris, la Asamblea enviaba inútilmente sus comisionados para arengar al pueblo á las puertas de las cárceles. Los degolladores no suspendian su trabajo ni aún para oír aquellos discursos oficiales. Las palabras de justicia y de humanidad no encontraban eco en el corazón de aquellas fieras ebrias de aguardiente y de sangre. En vano el ministro del Interior, Roland, llorando por su impotencia, escribió á Santerre que desplegase la fuerza para proteger la seguridad de las cárceles. Santerre no compareció hasta el

tercer dia, para pedir al Consejo general del ayuntamiento una autorizacion para reprimir á los malvados, peligrosos ya hasta para los mismos que los habian soltado contra sus enemigos. Los matadores fueron insolentemente á intimar á la municipalidad que les pagase sus asesinatos. Tallien y sus colegas no osaron rehusarles el premio de estos dias de trabajo, y pusieron en los registros del ayuntamiento de Paris aquellos jornales, apenas disfrazada la causa de ellos bajo títulos y pretextos especiosos. A Santerre y á sus destacamentos no les costó poco trabajo el enviar á sus guaridas á aquellas hordas, cebadas ya en la carnicería. Estos hombres, nutridos de crímenes por espacio de siete dias, henchidos de vino en el que mezclaban pólvora, y embriagados con el tufo de la sangre, estaban exaltados



Abnegacion filial de la señorita de Sombreuil.—Pág. 62.

hasta un estado de demencia física que les hacía incapaces de reposo. La calentura del exterminio se habia apoderado de ellos, no sirviendo ya sino para hacer muertes. Desde que les faltó aquel oficio, muchos de ellos volvieron su furor contra sí mismos. Algunos, cuando se restituyeron á sus casas, se quejaban de la ingratitud del ayuntamiento, porque no les habia dado más que cuarenta sous por dia, lo que no llegaba á un cuarto (1) por víctima. Otros, atormentados por los remordimientos, no veian delante de sus ojos más que las caras lívidas, los miembros chorreando sangre y las entrañas humeantes de los que habian degollado, cayendo en unos accesos de locura ó en una languidez tan siniestra que los condujeron en pocos dias al sepulcro. Otros, en fin, objeto de terror para sus vecinos y de odio para sus más inmediatos parientes, mudaron de barrios, se alistaron en los batallones de voluntarios, é incansables de crímenes, se unieron á las bandas

(1) Aunque cuarto no es equivalente á sou, es lo más aproximado á dicho valor, comparada la moneda francesa con la nuestra.—(N. del T.)